

## DARÍO Y MONTALVO

No puede ponerse en duda, como afirma muy bien Enrique Anderson Imbert al estudiar la influencia de Montalvo en los escritores de Hispanoamérica<sup>1</sup>, la fascinación que el ilustre ecuatoriano ejerció sobre Rubén Darío. Un examen detenido de los textos del poeta que Anderson Imbert transcribe, y de otros que agregó, permitirá puntualizar tal afirmación. Veremos entonces que el deslumbramiento ante las ideas y el estilo de Montalvo corresponde a los primeros años de la actividad literaria de Darío, entre 1881 y 1884. A partir de esta última fecha, Darío va convenciéndose de la irreficacia de imitar el estilo de Montalvo y comienza a desentenderse de su obra (1884-1886). En sus días de Chile (1886-1889) ya el olvido es casi completo. De regreso a Centroamérica, su actuación en la política y en la prensa liberales le hace volver otra vez los ojos a su primer maestro de liberalismo (1889-1892). Lo olvida una vez más durante su permanencia en la Argentina y Europa, años correspondientes a su madurez literaria; y si bien es cierto que este olvido se rompe con referencias ocasionales, en su mayoría elogiosas, a la vida y obra de Montalvo, el influjo queda reducido a leves o dudosas reminiscencias. Darío no puede, al fin, disimular cierto desapego ante el fervor casticista de su antiguo maestro, rechaza terminantemente el de sus imitadores y llega como a pedir excusas por la influencia que Montalvo tuvo en sus primeros escritos.

En los comienzos mismos de la carrera periodística de Darío (1881) se manifiesta en él la influencia de Montalvo. Darío tenía catorce años —nos dice— y escribía, tomando por modelo al apasionado liberal, “artículos de combate” para el semanario *La Verdad*, que se publicaba en León de Nicaragua.

Sus poesías de entonces (1881-1882), *La ley escrita*, *El Ateneo de León*, *Jerez*, *El jesuita*, *A la Razón*, *A los liberales*, *Soneto cívico*, *El libro*, *Al Papa*, son testimonio del liberalismo y anticlericalismo bebidos en la fuente de Montalvo. “La duda ganó terreno. Las ideas liberales, el escepticismo, la clerofobia llenaron muchas estrofas”<sup>2</sup>, explicaba Darío al recordar esta época literaria. La décima núm. 31 de *El*

<sup>1</sup> *El arte de la prosa* en Juan Montalvo, México, El Colegio de México, 1948, pág. 194.

<sup>2</sup> RUBÉN DARÍO, *La literatura en Centro América*, artículo publicado originalmente en la *Revista de Artes y Letras*, Santiago, 1888, tomos XI y XII, y recopilado por RAÚL SILVA CASTRO en *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, pág. 209. (Agradezco este dato al doctor Enrique Anderson Imbert). Para esta época de Darío, véase su *Autobiografía*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, s. f., cap. x, págs. 43-45, DIEGO MANUEL SEQUEIRA, *Rubén Darío criollo*, Buenos Aires, 1945, págs. 49-57 y 297, y PEDRO J. CUADRA CH., *Rubén Darío*, Granada, Nicaragua, 1943, págs 7-9 y 33-41.

libro alaba las *Catilinarias* que golpean “la frente del tirano”, y la núm. 12 de *Jerez* identifica y maldice a ese tirano (“¡Y ay de Ignacio Veintemilla!”). Darío debió conocer por esos días las *Catilinarias* que se publicaban por entregas en Panamá (1880-1882). Durante su permanencia en El Salvador (1882-1883) hizo buena amistad con el escritor y político ecuatoriano Federico Proaño, ahí desterrado. Proaño, discípulo y amigo de Montalvo, vivificó sin duda la admiración de Darío por el apóstol de la libertad del Ecuador<sup>3</sup>.

La conocida *Epístola a Juan Montalvo* apareció en *El Ferro-Carril*, semanario de Managua, en los primeros meses de 1884. En junio de ese mismo año el licenciado Modesto Barrios, en cuya casa vivía Darío en Managua, publicó (con el anagrama de *Roberto Masodis*) un artículo sobre la *Epístola*, en el que decía: “Propónese nuestro poeta en esa *Epístola*, y lo consigue a maravilla, imitar el estilo del célebre autor de los *Siete tratados*”<sup>4</sup>. Años después una gacetilla de *El Correo de la Tarde*, diario que dirigió Darío en Guatemala, nos aclara el motivo de la *Epístola*: “Don César Montalvo... se ha dirigido al Director de este diario, pidiéndole su *Epístola* dedicada al eximio escritor [Juan Montalvo] con motivo de la publicación de la obra últimamente citada [*Siete tratados*]”<sup>5</sup>. El mismo año de 1884 la *Epístola* fué reproducida en Costa Rica, en la revista *La Enseñanza*, con juicios elogiosos de su director, don Juan Fernández Ferraz. Luego se incluyó en *Primeras notas [Epístolas y poemas]*, Managua, 1888. En ella, la admiración de Darío por Montalvo llega a su cima. No sólo comparte las ideas de Montalvo, sino también sus gustos estilísticos. En otra *Epístola* de sus *Primeras notas*, la dedicada a Ricardo Contreras, crítico de *La ley escrita*, antes mencionada, Darío declaraba francamente: “Gústame de emplear en lo inventado/el sutil arcaísmo, y la que brilla/metáfora altanera es de mi agrado”; preferencias que tienen indudable origen en las de Montalvo y que aparecerán en sus primeros cuentos (*A la orilla del Rhin* y *Las albóndigas del coronel*). La reciente lectura de los *Siete tratados*, que dió origen a la *Epístola*, ayudó eficazmente a Darío a explotar esta rica veta de la obra de Montalvo<sup>6</sup>.

Pocos meses después de la primera publicación de la *Epístola*, en su artículo *Dineros son calidad*<sup>7</sup>, volvemos a encontrar la huella de esa reciente lectura: “Un mi paisano de América, don Juan Montalvo, pinta a la tal Señora [la nobleza] con colores tan hermosos que uno es verla así, y otro palparla en este mundo”<sup>8</sup>. *De la nobleza* es, precisamente, el primero de los *Siete tratados*. El año siguiente (1885),

<sup>3</sup> El *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, Barcelona, Montaner y Simón, 1890, vol. VII, págs. 99 y sig., y SEQUEIRA, obra citada, pág. 76, señalan esta amistad; y JULIO CAILLET-BOIS, *Rubén Darío: Apuntes para una bibliografía de sus obras malogradas*, en *Sur*, Buenos Aires, abril de 1948, año XVI, núm. 162, págs. 102 y sig., opina que tuvo esta consecuencia.

<sup>4</sup> SEQUEIRA, obra citada, pág. 298.

<sup>5</sup> *El Correo de la Tarde*, Guatemala, 9 de diciembre de 1890, año I, núm. 2, pág. 1.

<sup>6</sup> Darío leyó la primera edición de los *Siete tratados*, Besanzón, Imprenta de José Jacquin, 1882, 2 vols. 400 y 415 págs.

<sup>7</sup> *El Diario Nicaragüense*, Granada, Nicaragua, 24 de octubre de 1884, año I, serie 4ª, núm. 92.

<sup>8</sup> SEQUEIRA, obra citada, págs. 164 y sig.

en *Una visita a Eloy Alfaro*<sup>9</sup>, nos dice: “Su partido es numeroso, por razón de lo bello de la causa y porque han contribuído a ello Alfaro con su espada y Montalvo con su pluma. La pluma de Montalvo ha hecho tanto como la espada de este soldado de la democracia desinteresado y altivo. . . Y [el arzobispo Ignacio Ordóñez] prohíbe los libros de Montalvo porque sabe perfectamente que ese vigoroso escritor puede desbaratar su beatitud y dar al traste con su grandeza episcopal a fuerza de luminosos rayos que lanza a puños este zapador de la idea que escribe *Catilinarias* aterradoras”<sup>10</sup>.

En 1886 Darío defiende a Montalvo, con su artículo *El águila no caza moscas*<sup>11</sup>, de los ataques que le lanza Juan Bautista Pérez y Soto en las columnas de *Los Andes de Guayaquil*. Pero aquí, a pesar de considerar a Montalvo como “el escritor más puro de la América Española”, se insinúa en el elogio cierta actitud crítica ante las galas estilísticas de Montalvo —“telas y joyas antiguas modernizadas”— y especialmente ante las de sus imitadores: “Que Montalvo no puede formar escuela, es una grande y evidente verdad. Solamente él puede escribir como escribe, solamente a él queda bien ese traje con que aparece en sus obras; traje de telas y joyas antiguas modernizadas. Por eso los que pretenden imitarlo caen sin saberlo en muchísimos errores. Abusan del arcaísmo, introducen o remedan modismos extraños que no vienen bien en el discurso; y por último, la afectación los confunde y echan a perder la obra que, quizá con otro método, habrían podido llevar a término feliz”.

Sorprende encontrar sólo una referencia a Montalvo en la obra literaria y periodística de Darío correspondiente a sus años de Chile (1886-1889). Nuevas amistades literarias, que reclamaban la atención del poeta por esos días, le hicieron desdeñar a sus modelos españoles e hispanoamericanos. Historiando impersonalmente la literatura centroamericana, entre dolido y burlón, nos llega a decir que “a Bécquer, en verso, y a Juan Montalvo, en prosa, se les ha tomado [en Centroamérica] como norma, quien más, quien menos, y a otros autores, siquier medianías en España, se les ha rendido el mismo tributo”<sup>12</sup>; líneas que más que historia literaria son la imagen de su propia experiencia. Ni su paso de ida y vuelta frente a la costa del Ecuador ni su visita a Guayaquil<sup>13</sup> le hicieron sacar a Montalvo de este premeditado aban-

<sup>9</sup> *El Porvenir de Nicaragua*, Managua, 11 de junio de 1885, núm. 4. Cf. SEQUEIRA, obra citada, págs. 193 y sig.

<sup>10</sup> Eloy Alfaro llegó a Nicaragua en los primeros días de junio de 1885, después de derrocar la dictadura de Ignacio Veintemilla. Darío parece no tener todavía noticias de la publicación de la *Mercurial eclesiástica. Libro de verdades*, París, Biblioteca de Europa y América, 1884, 232 págs., pero sí de la pastoral del arzobispo Ordóñez contra los *Siete tratados*.

<sup>11</sup> Se publicó en *El Imparcial* de Managua, semanario dirigido por Darío, 9 de febrero de 1886, año I, núm. 5; cf. SEQUEIRA, obra citada, págs. 258-260. En el texto de este artículo Darío ya menciona la *Mercurial eclesiástica*. Los artículos de PÉREZ y SOTO fueron reunidos en volumen: *La curarina. Antídoto contra el Montalvismo. Colección de artículos publicados con este título en “Los Andes” de Guayaquil*, Guayaquil, Imprenta de Calvo y Cía., 3 entregas (1884-1886), 685 págs.

<sup>12</sup> RUBÉN DARÍO, *La literatura en Centro América*, en *Revista de Artes y Letras*, Santiago, 1888, tomos XI y XII; recopilado por RAÚL SILVA CASTRO en *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, pág. 209. Noticia del doctor Anderson Imbert.

<sup>13</sup> “Visité todos los puertos del Pacífico”, dice Darío en su *Autobiografía*, Barcelona, Casa Edi-

dono. Ni siquiera la muerte de don Juan (17 de enero de 1889) movió a Darío a escribir una de sus acostumbradas notas necrológicas. Precisamente por entonces Darío redactaba para *La Nación* de Buenos Aires sus primeras colaboraciones<sup>14</sup>.

Una nueva época en estas relaciones, ya casi extinguidas, se inaugura con el regreso de Darío a sus tierras centroamericanas. Seguramente ayudaron a ellas su reencuentro en Lima con Eloy Alfaro y el recuerdo de su amistad con Federico Proaño. Al comentar una obra de éste<sup>15</sup> se apresura a mostrar su conocimiento minucioso de la de Montalvo<sup>16</sup>. “Es ya conocido y por demás famoso —nos dice— el párrafo que Montalvo le dedicó [a Proaño] en una de sus *Catilinarias*”<sup>17</sup>.

La agitada política centroamericana, en la que Darío toma por lo menos participación periodística, le hace también acudir a su viejo mentor político. Escribe artículos polémicos sobre la unión de Centroamérica y sobre el golpe de estado de Carlos Ezeta contra el presidente Menéndez; a raíz de este suceso Darío tuvo que abandonar El Salvador y refugiarse en Guatemala. Aquí Darío recibe el apoyo del presidente Manuel Lisandro Barillas (enemigo de Ezeta), y así funda y dirige *El Correo de la Tarde*, diario semi-oficial, en el que encontramos muchos testimonios sobre el renacimiento de su admiración por Montalvo.

En la columna de *Ecos*, 9 de diciembre de 1890, aparece la noticia de la carta que don César Montalvo dirige a Darío para solicitarle la *Epístola*, pues don César está reuniendo “todo lo que se ha escrito sobre el inmortal autor de los *Siete tratados*” para publicarlo en un volumen. “El libro que se proyecta será un monumento de la admiración tributada a quien supo ser tan eminente literato como buen ciudadano. Esperamos ansiosos su aparición”, agregaba *El Correo*; y más abajo: “Anuncia don César Montalvo, en la carta a que acabamos de referirnos, que dentro de poco dará a la prensa todos los manuscritos que don Juan Montalvo tenía preparados para continuar la serie de libros que empezó a publicar con el título arriba escrito [*El Espectador*]. Formará todo lo inédito tres o cuatro tomitos iguales a los ya publicados en París”<sup>18</sup>.

torial Maucci, s. f., cap. XIII, pág. 62. Sabido es que en esta edición se mantiene el título originario, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*.

14 “Con mi cargo de corresponsal de *La Nación* me fuí para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 de febrero de 1889”. *Autobiografía*, edición citada, cap. XVI, pág. 78.

15 FEDERICO PROAÑO (1848-1894), *En Centro América. Artículos literarios*, París, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1912, XVI + 280 págs. Darío comentó una edición anterior.

16 RUBÉN DARÍO, Proaño, en *Crónica literaria*, Madrid, s. f., págs. 127-130 (vol. IX de la tercera serie de obras completas). Este artículo aparece fechado en 1889.

17 “Llámase Federico Proaño ese escritor de papeles chiquitos; chiquitos pero buenos... El mérito del *Times*, todo le pertenece a Federico Proaño, yo no tengo ninguna parte en esa graciosa miniatura. Si mis obras, si mi ejemplo han influido en él, ya para lo escritor, ya para lo patriota, bien puede ser, y ese sí sería mérito mío... Federico Proaño y Miguel Valverde, casi niños, tuvieron la gloria de ser desterrados [por García Moreno] por escritores y hombres libres... Proaño y Valverde, nuevamente desterrados por ese Monipodio que llaman Ignacio Veintemilla, son dos esperanzas para las letras y para la República”. MONTALVO, *Catilinarias*, Quito, El Tiempo, 1906, cuarta catilinaria, págs. 135 y sig.

18 *El Correo de la Tarde*, Guatemala, 9 de diciembre de 1890, año I, núm. 2, págs. 1 y sig.

A principios del año siguiente (1891), la dirección de *El Correo* anunciaba haber recibido los “*Estudios históricos. Montalvo y García Moreno*, cuyo autor es el distinguido escritor don Roberto Andrade”, y prometía volver a ocuparse de ese libro, “que a buen seguro comprende uno de los períodos más importantes de la historia del Ecuador”<sup>19</sup>. Y aunque en la colección de *El Correo* no aparece el comentario prometido a la obra de Andrade, podemos estar seguros de que Darío la leyó; pocos meses después de llegado el libro, escribía: “Si Montalvo influyó en la caída del tirano [García Moreno] dígallo Andrade, díganlo los Armodios ecuatorianos, dígallo don Juan, que dice: ¡Mi pluma lo mató!”<sup>20</sup>.

Coincide con estos días guatemaltecos de Darío un florecimiento, en la prensa de Guatemala, del interés por Montalvo. “*El Imparcial* ha empezado a publicar en su folletín la obra inmortal de don Juan Montalvo [la *Mercurial eclesiástica*”<sup>21</sup>; *El Correo* se apresura a recomendarla, y publica en sus columnas dos artículos sobre ella, uno firmado por el propio Darío<sup>22</sup>. No se puede afirmar que el poeta haya sido el primero en promover este florecimiento de Montalvo en Guatemala, donde el ecuatoriano era ya bien conocido por sus comentarios a los gobiernos de Carrera y Justo Rufino Barrios en *El Cosmopolita*, *El Regenerador* y las *Catilinarías*, pero sí puede decirse que fué quien le dió mayor impulso. Montalvo, como Darío<sup>23</sup>, había sido partidario de la unión de Centroamérica y entusiasta admirador de Barrios<sup>24</sup>.

*El Correo* se refiere seguramente a la edición que conoció Darío: *El Espectador*, París, Librería Franco Hispano Americana, 3 vols., 1886-1888. No hemos visto publicados los otros volúmenes de *El Espectador*, ni tampoco el de homenaje, anunciados por *El Correo*.

<sup>19</sup> *El Correo de la Tarde*, 30 de marzo de 1891, año I, núm. 86, pág. 2. La primera edición de la obra de Andrade (leída por Darío) fué impresa en Lima, Francisco Grau y Cía, 1890, 304 págs. Hay una segunda edición hecha en Guayaquil, Imprenta La Reforma, 1925.

<sup>20</sup> RUBÉN DARÍO, *Pro domo mea*, en *El Partido Constitucional*, San José, Costa Rica, 28 de noviembre de 1891. El propio Montalvo tuvo en gran estima a Andrade; en *La conspiración del 6 de agosto en Quito*, Ipiates, Tipografía de Nicanor Médicis, 15 de octubre de 1875, folleto impreso con el núm. xxiv en *Páginas desconocidas*, La Habana, 1936, pág. 305, trazó un retrato juvenil de su admirador: “Roberto Andrade... es un joven apasionado de los estudios, lector de tragedias, amigo de la historia; exaltado, entusiasta hasta el delirio... Era el más locuaz y alegre de nuestras reuniones: hablaba de libertar a su patria; repetía de memoria los trozos de las historias relativas a Bruto; leía en voz alta las páginas que le habían iluminado e infundido valor, y siempre acababa con una risa ingenua y amable”. En la quinta catilinaria encuentro un párrafo análogo al citado de *Pro domo mea* de Darío: “¡Díganlo García Moreno y *El Cosmopolita*; díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. Lo dirán también Ignacio Veintemilla y las *Catilinarías*”. *Catilinarías*, edición citada, pág. 163.

<sup>21</sup> *El Correo de la Tarde*, 14 de abril de 1891, año I, núm. 99, pág. 3. “Creemos que ganará mucho el colega [*El Imparcial*] con la reproducción de este libro [*la Mercurial*] interesante por muchos conceptos”, agregaba la gacetilla citada.

<sup>22</sup> FÉLIX TEJEDA, *La Mercurial de Montalvo*, 4 de abril de 1891, año I, núm. 91, págs. 1 y sig., y RUBÉN DARÍO, *Prólogo a la Mercurial eclesiástica de Juan Montalvo*, 18 de abril de 1891, año I, núm. 103, pág. 1.

<sup>23</sup> RUBÉN DARÍO, *Unión Centro-Americana*. (Al Sr. Jral. J. R. Barrios), León, Tip. de J. Hernández, 1883, 11 págs.

<sup>24</sup> JUAN MONTALVO, *El general Don Rufino Barrios. La guerra entre las repúblicas centro-americanas*. (Tomado de “*El Bien Público*” de Quezaltenango), Guatemala, Tip. de P. Arenales, 1887, 8 págs. El texto de este folleto reproduce el aparecido en la revista *Europa y América* de París. Las *Catilinarías* tuvieron su segunda edición en Guatemala, como se sabe por una edición nicaragüense: Ca-

El clima político del país no podía ser más favorable. El presidente Manuel Lisandro Barillas, protector de Darío, era un decidido continuador de las ideas liberales y unionistas, llevadas antes por Barrios a la legislación y a la acción. "Ilustre mártir de la santa causa de la Unión, regenerador de Guatemala y primer paladín de las ideas liberales en Centro-América", llamaba a Barrios *El Correo de la Tarde*, en la edición que dedicó al sexto aniversario de su muerte<sup>25</sup>.

En la obra de Darío anterior a su permanencia en Guatemala, no hay indicios que aseguren su conocimiento de *El Cosmopolita*. Pero por la reproducción que hizo en *El Correo* de un *Capítulo que se le olvidó a Cervantes*<sup>26</sup>, texto tomado del núm. 4 de *El Cosmopolita* (1866), como por una referencia de su *Prólogo a la Mercurial eclesiástica* ("El señor de Ordóñez provocó la cólera del Cosmopolita"), podemos conjeturar que por esos días Darío estaba leyéndolo.

Todo el *Prólogo a la Mercurial*<sup>27</sup> de Darío está salpicado de alusiones, concretas o veladas, a la obra de Montalvo, como escrito por un asiduo lector que hubiera digerido con la mayor naturalidad —tomo tras tomo— las ideas y el lenguaje de su autor favorito. Dos de estas alusiones nos interesan sobremanera.

"Montalvo, que pintó la figura apacible y santa del cura de Santa Engracia, no es cleróforo por complejión, ni irreligioso sectario; ataca y aplasta al cura malo; al fray gordo y tocino por la gula; al hermano lujurioso"<sup>28</sup>. Líneas que, además de testimoniarnos su recuerdo de la lectura de los *Siete tratados*<sup>29</sup>, nos muestran hasta qué punto estaba Darío identificado con el pensamiento de Montalvo, en su aspecto más complejo y más expuesto a malas interpretaciones, tanto por sus seguidores como por sus enemigos. Parece evidente que Darío, al escribir esas palabras, tenía presente este párrafo de la *Mercurial*: "El que haya leído *El padre Yerovi*, el *Sermón del padre Juna*, *El cura de Santa Engracia* ¿me tendrá por enemigo sistemático del sacerdocio? No lo creo"<sup>30</sup>. En ninguna manera podía Darío considerar a Montalvo como un vulgar irreligioso, después de haber seguido paso a paso su pensamiento.

"¡Qué sermón aquel del fingido padre Juna! En esos casos va el lenguaje ro-

tilinarias, 3ª edición de la 2ª hecha en Guatemala por Alejandro Miranda, Managua, Tipografía La Patria, 1914, 130 págs. Ninguna de estas ediciones aparece anotada en las bibliografías de Montalvo que hasta la fecha se han intentado.

<sup>25</sup> *El Correo de la Tarde*, 2 de abril de 1891, año I, núm. 89, pág. 1.

<sup>26</sup> *El Correo de la Tarde*, 10, 13 y 14 de abril de 1891, año I, núms. 96, 98 y sig., págs. 3 de cada núm. Cf. Cuadros de costumbres. *Capítulo que se le olvidó a Cervantes*, en *El Cosmopolita*, París, Garnier Hermanos, 1923, vol. II, libro IV, págs. 19-23. Para la génesis de este capítulo, como para la de los subsiguientes que formaron el tomo póstumo, cf. el *Prólogo* de ÁNGEL ROSENBLAT a los *Capítulos...*, Buenos Aires, Editorial Americalec, 1944, págs. 16-18, y ENRIQUE ANDERSON IMBERT, obra citada, págs. 76-78.

<sup>27</sup> El texto de este *Prólogo* de Darío, con el título de *La Mercurial de Montalvo*, puede verse en Rubén Darío en Costa Rica, recopilación de TEODORO PICADO, H., San José, Costa Rica, 1919, vol. I, págs. 81-87, y en *Crónica literaria*, Madrid, s. f., págs. 169-176 (vol. IX de la tercera serie de obras completas), que reproduce el texto recopilado por Picado.

<sup>28</sup> Cf. *Crónica literaria*, edición citada, pág. 174.

<sup>29</sup> *Episodio. El cura de Santa Engracia*, en *Siete tratados*, París, Garnier Hermanos, 1923, vol. I, págs. 256-266.

<sup>30</sup> Cf. *Mercurial eclesiástica y Un vejestorio ridículo*, Madrid, Editorial América, s. f., pág. 86.

fundo, lleno de unción, como un son de órgano". Palabras que descubren la lectura de *El Regenerador*<sup>31</sup>, y nos confirman la atención que Darío prestó al párrafo antes citado de la *Mercurial*. El *Sermón del padre Juna*, de *El Regenerador*<sup>32</sup>, es otra de las tres pruebas textuales que Montalvo aduce para atestiguar su religiosidad. Y Darío no sólo lo considerará así, sino que se esforzará por imitar dicho sermón en uno que escribe (éste sí fingido) en Costa Rica, unos meses después. Nos referimos a *Un sermón* publicado en *El Heraldo de Costa Rica*, 8 de mayo de 1892<sup>33</sup>.

Aunque el *Sermón* de Darío no menciona el nombre de Montalvo, es tan grande la semejanza que guarda con el *Sermón del padre Juna*, que no resulta aventurado ver en éste su modelo, o suponer por lo menos que Darío lo tuvo muy presente, como tenía en esa época toda la obra de Montalvo. El cortejo literal de estos sermones nos lo demostraría con toda evidencia. Baste aquí mencionar los rasgos comunes.

En ambos casos, el cronista del sermón se halla en Roma. Los periódicos anuncian la llegada de un célebre orador sagrado. Al templo afluye un inmenso gentío para escucharle. Se presenta el orador ante el silencio de los fieles. Su aspecto ascético, su capucha calada, su oración silenciosa ganan el fervor y la atención del público. Descubre su cabeza, pronuncia las palabras latinas de rigor y da principio a un elocuentísimo discurso. El final del relato es humorístico. En Montalvo se transcribe la noticia de la muerte de una condesa rusa que padeció un desmayo al oír las imprecaciones del orador. En Darío, el narrador pregunta a un periodista francés quién es el elocuente sacerdote. El periodista contesta: "Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón. . . Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar". Esta "ucronía" de Darío estaba calculada desde el principio de su relato. "El 1º de enero de 1900, llegué muy temprano a Roma", dice Darío, y está escribiendo en 1892<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Cf. *Crónica literaria*, edición citada, pág. 174. Darío debió conocer *El Regenerador*, como publicación periódica, once números (1876-1878).

<sup>32</sup> *Sermón del padre Juan, predicado en la basílica de San Juan y Sermón del padre Juan, predicado en el templo de San Javier en Nápoles*, en *El Regenerador*, París, Garnier Hermanos, 1929, vol. II, págs. 139-148 y 183-186, respectivamente. En los números sueltos de *El Regenerador* (10 y 11) debió decir *Juna* y no *Juan* como la edición de París. *Juna* dice Montalvo en la *Mercurial*, edición citada; lo mismo Darío en *El Correo*.

<sup>33</sup> El texto de *Un sermón* fué incluido por TEODORO PICADO, H., en su *Rubén Darío en Costa Rica*, San José, Costa Rica, 1920, vol. II, págs. 101-105, y proviene de *El Heraldo de Costa Rica*. En las *Páginas de arte*, Madrid, s. f., págs. 105-115 (vol. IV de la tercera serie de obras completas), se reproduce el texto de Picado. REGINO E. BOTI, en su recopilación *El árbol del rey David*, La Habana, 1921, págs. 95-99, reproduce un texto tomado de *La Habana Literaria*, 30 de julio de 1892, núm. 14. Por la fecha, pues, resulta posible que el texto de Boti también tenga su fuente en *El Heraldo de Costa Rica*.

<sup>34</sup> Años más tarde Darío recordaba este sermón: "Un poeta de América publicó una vez un futuro sermón de Castelar en San Pedro de Roma, que al orador hizo amablemente sonreír". Cf. *Castelar*, publicado originalmente en *Mundial Magazine*, París, y reproducido en *Cabezas*, Madrid, s. f., pág. 152 (vol. XXII de la primera serie de obras completas). Por otra parte, Montalvo fué también ferviente admirador de Castelar, y no sería raro que la admiración de Darío tuviera origen en la lectura de *Del orador* que aparece en *El Regenerador*, núm. 6, edición citada, vol. II, págs. 15-24, donde Montalvo lo elogia.

Por otra parte, la imagen del orador vehemente poseído por el dios parece identificarse en la imaginación de Darío con la figura del arrebatado autor de la *Mercurial*. Al Castelar de su falso *Sermón* “le poseyó el *deus* de Ezequiel”; el Montalvo de la *Mercurial*, poseído también “del irritado *deus*, desgarró, rajó, despedazó, pulverizó la pastoral que condenara su libro y su personalidad”. Otras expresiones de intención parecida, a propósito de la elocuencia de Montalvo, pueden verse en el mismo *Prólogo*: “. . .Extraños tonos se oyen a veces en la *Mercurial*. Ya parece que se escucha una arenga, ya un salmo, ya un sermón. Don Juan posee el don conmovedor y profundo de los buenos oradores sagrados”.

En Guatemala ganó Darío tan rápida fama de admirador e imitador de Montalvo, que el *Diario de Centro América*, 29 de julio de 1891, al anunciar la publicación de un nuevo libro de Darío, *Rojo y negro*, decía: “Esta nueva producción es del género de las *Catilinarias* y la *Mercurial* de Juan Montalvo. Va enderezada esta nueva producción del notable escritor nicaragüense contra un periodista de su tierra que le ha inferido muchos agravios”. Darío aclaró en una carta al redactor del *Diario*, 30 de julio de 1891, que *Rojo y negro* “no contendrá ningún ataque personal. Si en él se tratara de algún periodista centroamericano, será únicamente en el terreno de las ideas y en la parte del libro dedicada a la América Española”. Darío no rebate la inclusión de su obra en el “género de las *Catilinarias* y de la *Mercurial*”; y ciertas *Páginas de un libro inédito (Rojo y negro)*<sup>35</sup> que Darío, residiendo ya en Costa Rica, publicó en *La Prensa Libre* de ese país, 6 de septiembre de 1891, no desmienten la fama que tenía ganada. En estas *Páginas* Darío hace gala de un tono francamente polémico, al modo de Montalvo. Se refiere en ellas a la pobreza cultural de Centroamérica, donde puede pasar por gran crítico un Enrique Guzmán, el periodista aludido por el *Diario de Centro-América*, que había hecho crueles burlas de sus primeros versos<sup>36</sup>. “En Nicaragua sobre todo, entre los trescientos mil habitantes de la República, hay una multitud que no discute a Guzmán. «¡Oh, Enrique. . . gran cosa! ¡Nadie como él!» Y se les cae la baba. ¡Brutos!”. En su *Viaje a Tarascón* publicado en *La República* de Costa Rica, 14 de septiembre de 1891, prosigue Darío atacándolo en el mismo tono: “. . .Enrique Guzmán es un escritor gracioso, mediano para la América Central y de los que se consiguen a cuatro por perra-chica en Madrid o en Barcelona”<sup>37</sup>. Seguramente, estas invectivas de Darío fueron ocasionadas por la presencia de Guzmán en Costa Rica. El vapor *Colima* que tocó Pun-

<sup>35</sup> Estas *Páginas*, precedidas por la información del *Diario de Centro-América* y la carta de Darío a su redactor, fueron reunidas en Rubén Darío en Costa Rica, edición citada, vol. II, págs. 51-57. La *Crónica literaria*, edición citada, págs. 159-164, no reprodujo la noticia del 29 de julio de 1891 ni la carta de Darío.

<sup>36</sup> Para mayores datos sobre las relaciones de Darío y Enrique Guzmán, véase el documentado artículo del doctor PEDRO JOAQUÍN CHAMORRO, *Rubén Darío y Enrique Guzmán*, en *Revista de la Academia de Geografía e Historia*, Managua, Nicaragua, 1938, vol. II, núm. 4, págs. 407-413.

<sup>37</sup> Cf. Rubén Darío en Costa Rica, edición citada, vol. II, págs. 60-62; el *Viaje a Tarascón* se reproduce en *Crónica literaria*, edición citada, págs. 165-168.

tarenas, puerto costarricense, el 24 de agosto de 1891, llevaba como pasajeros a Guzmán y a Darío, el primero procedente de Nicaragua y Darío de Guatemala<sup>38</sup>.

Mejor documento de la persistencia del montalvismo de Darío, lo tenemos en la polémica a que dió lugar la publicación de su *Prólogo a la Mercurial* en *La Revista de Costa Rica*, septiembre de 1891, núm. 1. *La Unión Católica* atacó anónimamente a Darío con el artículo *Salvajez*, 22 de noviembre, al cual replicó el poeta con un brillante *Pro domo mea*<sup>39</sup> en *El Partido Constitucional*, 28 de noviembre. *La Unión Católica* prefirió dar por terminada la polémica: *Bonum est nos hic esse*, 3 de diciembre de 1891.

“En las *Catilinarias* y la *Mercurial* truena esa sonrisa destructora y formidable para la ridícula *clerigalla* enemiga”, decía Darío en su primer artículo, usando una palabra del léxico de Montalvo<sup>40</sup>. Y le contestó el anónimo de *Salvajez*: “*Clerigalla* no es español, ni indio ni chino. La *clerigalla*, no existiendo, no puede ser ni ridícula ni enemiga”. A lo que replicó Darío en *Pro domo mea*: “Existe, señor. Es una palabra que, si no se encuentra en autores castizos, la hallaréis, con seguridad, con lápiz rojo, en el *inferi* del diccionario del progreso”. El caso es que Darío defendía el *clerigalla* de Montalvo con el mismo tono y con los mismos argumentos con que Montalvo defendió la palabra *país* en *El Cosmopolita*<sup>41</sup>. Por otra parte, ese *clerigalla* de Montalvo y Darío no sólo lo hallaremos ahora en el “diccionario del progreso”, sino en el Diccionario de la Academia desde el año 1925 (décima quinta edición), s. v.

Pocas semanas antes de salir de Costa Rica, deja Darío en el *Diario del Comercio* de ese país, 6 de enero de 1892, una última referencia a Montalvo en su crónica *La mascarada*<sup>42</sup>. “La «giganta» y el hombre con los zancos ¿tendrán origen en los gigantes antiguos? En varias partes de América se conocen los mismos figurones. Juan Montalvo nos habla de la «Mama Giganta» del Ecuador”. Probablemente un borroso recuerdo de las *Catilinarias*, donde se refiere Montalvo a “esa giganta Andantona<sup>43</sup> que se llama Ignacio Veintemilla”<sup>44</sup>.

<sup>38</sup> Véase el prólogo de TEODORO PICADO, H., al vol. I de Rubén Darío en *Costa Rica*, edición citada, pág. v.

<sup>39</sup> También reunido en *Rubén Darío en Costa Rica*, edición citada, vol. I, págs. 88-99, y reproducido en *Crónica literaria*, edición citada, págs. 177-193. En este artículo dice Darío que el estudio “sobre la *Mercurial* de don Juan Montalvo [lo] escribí para el primer número de *La Revista de Costa Rica*”; pero hemos visto que ya lo había publicado en *El Correo de la Tarde*, en Guatemala. No debe confundirse este *Pro domo mea* con otro artículo de Darío, del mismo título, que apareció en *La Nación* de Buenos Aires, 30 de enero de 1894, y que E. K. MAPES incluyó en sus *Escritos inéditos* [de Rubén Darío], New York, Instituto de las Españas, 1938, págs. 50-51.

<sup>40</sup> “¡Qué no diera yo porque el señor obispo estuviera ahora diciendo la verdad, aunque cuando fuera de errada! Pero aun esto debe de ser falso, pues dicen que los difuntos no muerden, y esa *clerigalla* no hace sino morder”. *Mercurial*, edición citada, pág. 58.

<sup>41</sup> Cf. *El Cosmopolita*, edición citada, vol. I, págs. 170-171.

<sup>42</sup> Cf. *Rubén Darío en Costa Rica*, edición citada, vol. II, pág. 25.

<sup>43</sup> “Giganta Andandona” en la segunda parte del *Quijote*, edición de 1615, cap. xxv, fol. 97 v.

<sup>44</sup> *Catilinarias*, edición citada, oncena catilinaria, pág. 387.

Pasados estos años centroamericanos de Darío, no encontramos en su obra posterior más que ligeras alusiones a la vida y a la obra de Montalvo, repartidas en sus artículos periodísticos y en sus crónicas de viaje. Mientras va pasando el tiempo, la admiración decae; y no pocas reservas se hacen visibles cuando Darío, en su madurez, juzga la obra de su admirado maestro.

Tenemos a Darío en Buenos Aires, después de sus visitas a Madrid, La Habana, Nueva York y París. Entregado a su labor periodística, escribe sobre artistas y escritores que conoció en Europa. En el primero de sus artículos sobre *Menéndez y Pelayo*<sup>45</sup>, recuerda a Montalvo y sus *Catilinarias*. "El hotel de las Cuatro Naciones, en Madrid, tiene ganada doble celebridad... entre las gentes de letras. Los que hayáis leído a un escritor que no hace mucho tiempo llenaba con su nombre la admiración de las repúblicas del norte, un ilustre ecuatoriano que se llamó Juan Montalvo, en esta parte del continente muy poco conocido, mas en la misma Europa visto como uno de los beneméritos de la literatura castellana de América; los que hayáis leído sus obras, entre las cuales vehementísimos y curiosos panfletos políticos, podréis recordar cómo la figura del fulminado ex presidente del Ecuador Ignacio de Veintemilla, en uno de los más temibles ataques del apasionado Montalvo, tiene por escenario el hotel de las Cuatro Naciones". Y agrega: "Si la *Catilinaria*<sup>46</sup> ha dado renombre a la fonda, otro es el motivo de que ella tenga para nosotros particular fama: allí vive desde hace quince años... Don Marcelino Menéndez y Pelayo"<sup>47</sup>. Y en el tercer artículo señala que "Bello y Sarmiento producirían un Juan Montalvo", observación puesta como escolio a sus conversaciones con don Marcelino sobre la influencia de la obra de Bello y de Sarmiento en la literatura hispanoamericana.

De 1896 datan también las últimas reminiscencias estilísticas de Montalvo en la obra de Darío. Una de ellas, posiblemente originada por la relectura del *Buscapié* (de los *Siete tratados*), ahora al frente de la edición póstuma de los *Capítulos* (1895)<sup>48</sup>, aparece en las *Palabras liminares de Prosas profanas*: "El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: «Este, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana». Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas"<sup>49</sup>. Pasaje de Darío que recuerda otro del *Buscapié*: "Cuando yo te

<sup>45</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 7 y 12 de febrero, y 8 de marzo de 1896; recopilados por E. K. MAPES, obra citada, págs. 84-92.

<sup>46</sup> Darío se refiere a la sexta catilinaria. En las págs. 192 y 196-201 de la edición citada pueden leerse las pintorescas aventuras de Veintemilla en el hotel de las Cuatro Naciones.

<sup>47</sup> "En Madrid, me hospedé en el hotel de las Cuatro Naciones, situado en la calle del Arenal", dice Darío en su *Autobiografía*; y a continuación refiere su visita al cuarto de Menéndez y Pelayo; de manera análoga se halla referida en estos artículos. Cf. *Autobiografía*, edición citada, cap. xxiv, págs. 115 y sig.

<sup>48</sup> *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro imitable*, Besanzon, Imprenta de Pablo Jacquin, 1895, cxxxix + 433 págs. El *Buscapié* lo tenía leído Darío desde 1884; cf. la nota núm. 6 del presente trabajo.

<sup>49</sup> *Prosas profanas y otros poemas*, París, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1901 (segunda edición), pág. 49.

pregunte: Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que a paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo, ése es D. Diego Hurtado de Mendoza”<sup>50</sup>; etc. Julio Caillet-Bois<sup>51</sup>, que también señala la semejanza entre estos dos pasajes, apunta asimismo, como fuente de “Hay Chipres, Pafos, Tempes y Amatuntes” de *Divagación*, en *Prosas profanas*, unas líneas de los *Siete tratados*<sup>52</sup>.

El año siguiente, en su *Prólogo a El mar en la leyenda y en el arte*, septiembre de 1897, nos da una oscura noticia de las relaciones de Montalvo con su prologado, Alberto del Solar. “Le conocía de fama [a Alberto del Solar] —nos dice Darío— ha largo tiempo... desde cuando, allá en París, unía su nombre al de su amigo ilustre Juan Montalvo, en un incidente que más tarde haríale escribir [a del Solar] una de sus mejores novelas”<sup>53</sup>. Pero el nombre de Montalvo no reaparece en Darío hasta pasados cinco años (1902): “Más recientemente, otro ecuatoriano genial muy poco conocido en la América de este lado de los Andes, Juan Montalvo, pasó los últimos años de su vida, duros y penosos, bajo este cielo [de París]. De más decir que en cuanto murió se le levantó una estatua en Quito o Guayaquil”<sup>54</sup>. La mención más próxima es de 1906: “Y el rastacuero agrega entonces a su mujer y a sus hijas, esas hijas que formarán lo que llamaba Juan Montalvo matrimonios deslayados; jóvenes ricas que se casan con nobles arruinados”<sup>55</sup>. Palabras seguramente inspiradas por el ensayo de Montalvo *La mujer*, aparecido en el núm. 4 de *El Cosmopolita* (1866): “De aquí proviene que la fortuna sea mala aparcjadora, madrina de uniones deslayadas, que no sabe a cuál da ni a cuál deja de dar, árbitro inicuo en cuyas decisiones prepondera la injusticia”<sup>56</sup>. En 1907, en su artículo *La raza de Cham*, Darío adopta y desarrolla algunas opiniones de Montalvo, ciertamente pesimistas,

<sup>50</sup> *Capítulos...*, Buenos Aires, Editorial Americalec, 1944 (edición de Angel Rosenblat), págs. 126 y sig.

<sup>51</sup> Artículo citado en la nota núm. 3, págs. 105 y sig.

<sup>52</sup> En *Prosas profanas y otros poemas*, edición citada, pág. 57, aparece *Divagación* fechada en el Tigre Hotel de Buenos Aires, diciembre de 1894. Darío, en la *Autobiografía*, edición citada, cap. xxxix, págs. 178 y sig., se refiere a la composición de esta poesía. Las líneas de Montalvo que probablemente influyeron en ella aparecen en el tratado *De la nobleza*, *Siete tratados*, edición citada, pág. 8: “el dechado de la hermosura en lo antiguo estaba en Chipre, Pafos y Amatonte”; repetidas con variantes en *De la belleza*, págs. 172 y sig. de la misma edición. Es posible que, en buena parte, el helenismo y la profusión de motivos mitológicos en el Darío de esos años y los anteriores tenga su fuente en la erudición grecolatina de Montalvo. Corrijo el *Amatontes* que da Caillet-Bois en el verso de Darío por *Amatuntes*, como dice el texto original y como lo reclama la rima (*juntas*).

<sup>53</sup> RUBÉN DARÍO, *Prólogo a El mar en la leyenda y en el arte de ALBERTO DEL SOLAR*, BUENOS AIRES, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos, 1897, págs. v-xvii; recopilado por JULIO SAAVEDRA MOLINA en *Poesías y prosas raras* [de Rubén Darío], Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1938, pág. 75. No hemos podido tener noticias del incidente de Montalvo y Alberto del Solar, ni saber en cuál de las novelas de del Solar se alude a él. Probablemente en *Rastaquouère*, mencionada en el *Prólogo*.

<sup>54</sup> *La caravana pasa*, París, Garnier Hermanos [julio de 1902, primera edición], pág. 156.

<sup>55</sup> *Opiniones*, Madrid, Librería de Fernando Fé [1906, primera edición], pág. 147.

<sup>56</sup> *El Cosmopolita*, edición citada, vol. I, pág. 349. En el *Episodio* intercalado en el tratado *De la belleza* (uno de los *Siete*), Darío pudo leer: “Su hija, por el contrario, experimentaba indecible repugnancia por esas bodas deslayadas”, edición citada, vol. I, pág. 185.

sobre la raza negra<sup>57</sup>. “Juan Montalvo —escribe— tenía siempre la preocupación del *negro malcriado*. Se refería a los de su tierra. Si llega a sufrir las impertinencias osadas de los de Norte-América, rabia y relampaguea mayormente”<sup>58</sup>.

Poco tiempo después hizo Darío su viaje a Nicaragua. A pesar de lo conmovido y agradecido que estaba por los homenajes de que fué objeto en su tierra natal, no pudo ocultar su desagrado, al redactar su *Viaje* (1909), por encontrar todavía en pie, como lo había dejado años atrás, el “gramaticismo” criollo representado por Enrique Guzmán, su detractor literario. “¡Excelente Sr. Guzmán, el mismo, invariable, incambiable desde hace treinta, cuarenta, cincuenta años, qué sé yo!”<sup>59</sup>. Y por causa de Guzmán y de su gramaticismo, todavía hay quienes en Nicaragua juzgan “que el hombre ha sido creado por Dios para aprenderse el *Diccionario de galicismos* de Baralt y las *Apuntaciones [críticas] sobre el lenguaje bogotano* de D. Rufino J. Cuervo”<sup>60</sup>. Y agrega que “Una de las razones que hicieron popular y famoso [en Nicaragua] a un escritor ecuatoriano, genial, por otra parte, D. Juan Montalvo, fué su manera de escribir arcaica, su culto por Cervantes y por el *Diccionario*”<sup>61</sup>. Estas líneas nos muestran a Darío ya desconfiado y hostil ante el fervor casticista de Montalvo, como deseoso de reservar su acostumbrado *genial* a otro aspecto de Montalvo que al que le celebran los gramáticos. En su artículo *Los Borrero. Familia de artistas*<sup>62</sup>, encontramos una referencia concreta a su conocimiento de los *Capítulos* y la confirmación de la doble actitud que Darío va tomando por esos años respecto de la obra de Montalvo. “El otro trabajo [del doctor Esteban Borrero y Echeverría] es lo que él llama *narración cervantesca, Don Quijote, poeta*”<sup>63</sup>, que pudiera llevar el agregado que el ecuatoriano Montalvo puso a un *pastiche* por el estilo: *ensayo de imitación de un libro inimitable*. El estilo de Cervantes está bien imitado por ambos

<sup>57</sup> “Al que me quita el don o el señor por atrevimiento, le sacudo las orejas como a *negro malcriado*”. *Mercurial*, edición citada, pág. 21. “Los americanos tenemos el derecho innato de tutear a los indios y los negros: estas razas desgraciadas reconocen su vasallaje, llevando en paciencia el agravio diario del tú sin volvernlos jamás la ofensa. Cuando los negros empiecen a tutearnos, perdidos somos”. *Catilinarias*, edición citada, onцена catilinaria, pág. 393. “Pero nación tan extravagante y caprichosa como los Estados Unidos de América, donde las costumbres contrarrestan a las leyes; donde éstas llaman al Senado a los negros, y éstas los repelen de las fondas”. *Siete tratados*, edición citada, vol. I, pág. 121.

<sup>58</sup> *Parisiana*, Madrid, Librería de Fernando Fé [1907, primera edición], págs. 266 y sig.

<sup>59</sup> *El viaje a Nicaragua*, Madrid, 1919, cap. v, pág. 77 (vol. xvii de la primera serie de obras completas).

<sup>60</sup> *Ibidem*, pág. 78.

<sup>61</sup> *Ibidem*.

<sup>62</sup> Cf. *Semblanzas*, Madrid, 1927, pág. 169 (vol. xv de la tercera serie de obras completas). Como ahí no se indica fecha ni procedencia del artículo, en el orden cronológico que damos a los textos de Darío en este trabajo la colocación de la cita es aproximada. Una palabras del mismo artículo (la muerte del doctor Borrero ocurrió “hace algunos años”; exactamente en 1906) nos hacen preferir este lugar.

<sup>63</sup> ESTEBAN BORRERO Y ECHEVERRÍA (1849-1906), *Don Quijote, poeta. Narración cervantesca escrita con motivo de la celebración en La Habana del tercer centenario de la publicación de la obra maestra de Cervantes*, Habana, La Moderna Poesía, 1905, 44 págs.

escritores, aunque en el genial Montalvo haya mayor nerviosidad que en el cubano”<sup>64</sup>.

El nombre de Montalvo aparecerá únicamente tres veces más en los escritos del poeta, y eso a partir de 1912. En el artículo sobre *La República del Ecuador*<sup>65</sup> publicado en el número de *Mundial Magazine* dedicado a ese país, Darío hace una revisión de la historia y política del Ecuador. Ahí aparecen todos los presidentes ecuatorianos que Montalvo le enseñó a odiar o estimar, pero el nombre del maestro no se menciona sino al final: “La intelectualidad de ese bello país ha tenido príncipes en el Continente. Baste con nombrar a Olmedo y a Montalvo”. Unas líneas más abajo recuerda al “tan ingenioso Federico Proaño”. Cuando en la *Autobiografía* (11 de septiembre-5 de octubre de 1912, publicada originalmente en la revista *Caras y Caretas* de Buenos Aires) evoque su primer contacto con Montalvo, ya tratará, veladamente, de disculpar con sus pocos años aquellos “artículos de combate” escritos, como por obligación, para el semanario *La Verdad*. “. . . Se me hizo escribir artículos de combate, que yo redactaba a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo, que ha dejado excelentes volúmenes de tratados, conminaciones y catilinarias”<sup>66</sup>. Una vez más aparece Montalvo en la *Autobiografía*, unido al recuerdo de los malos ratos que hizo pasar a Darío el diplomático centroamericano Crisanto Medina, tan ignorante que “al ecuatoriano Juan Montalvo le llamaba *aquel Montalvo que escribía. . .*”<sup>67</sup>

Así terminan unas relaciones literarias que, yendo desde la admiración servil hasta el reproche desdeñoso y desde la imitación hasta el olvido voluntario, no por ello fueron menos fértiles y ejemplares.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

El Colegio de México.

<sup>64</sup> Por estos años pudo haber conocido Darío la primera edición de los *Capítulos*, que hemos señalado en la nota núm. 48, o la segunda de Barcelona, Montaner y Simón, 1898, vii + 340 págs.

<sup>65</sup> *Mundial Magazine*, París, marzo de 1912, núm. 13, pág. 407; reproducido en *Prosa política. Las repúblicas americanas*, Madrid, 1920, pág. 164 (vol. xii de la primera serie de obras completas).

<sup>66</sup> *Autobiografía*, edición citada, cap. x, pág. 41.

<sup>67</sup> *Ibidem*, cap. lxx, pág. 246. A este mismo Crisanto Medina atribuye J. M. VARGAS VILA, *Rubén Darío*, Barcelona, Ramón Sopena, s. f. (vol. 35 de sus obras), págs. 117 y sig., palabras aún más insultantes a propósito de Montalvo: “Dígame una cosa, usted que sabe tanto de eso, ¿es verdad que Montalvo, aquel mulatico ecuatoriano, que escribía aquí, tenía talento? . . .”